

Religión e ideología en el yihad

*Los atentados islamistas que tuvieron lugar, simultáneamente, en Marruecos y Argel el 11 de abril de 2007 sacudieron la opinión pública española a la que se le reapareció el fantasma de la tragedia del 11 de marzo de 2004. Los atentados fueron reivindicados por Al Qaeda, igual que los del 11-S y los del 11-M. **Al Zawahiri**, número dos de Al Qaeda, inmediatamente después de estos atentados, recordó que España es el Al-Andalus irredento, la tierra de la que fueron expulsados por la fuerza de las armas. Esta advertencia, viniendo de quien viene, es una amenaza en toda regla y da argumentos a quienes piensan que la retirada de Iraq pudo ser condición necesaria, pero no es condición suficiente para preservar a España y a Occidente del terrorismo islamista.*

Los medios de comunicación españoles y europeos en general se hacen eco a diario del problema, unos con tintes alarmistas y otros de manera más sosegada, pero sin ponerse de acuerdo sobre la forma de gestionarlo inteligentemente, en orden a evitar nuevos actos de terrorismo islamista a gran escala. La compleja relación existente entre la cultura islámica y la occidental cristiana, va definiendo cada con mayor nitidez dos posturas en la opinión pública: por una parte estarían los que, con el profesor **Bernabé**, propugnan como remedio preventivo la profundización del *multiculturalismo*; por otra, los que, con el profesor **Fanjul**, promueven como freno el reforzamiento de la identidad cultural propia.

La «alianza de civilizaciones» propuesta por **Rodríguez Zapatero** ha quedado reducida en la práctica a una fórmula, más fonética que semántica, y a la formación, dentro de la estructura y presupuesto de las Naciones Unidas, de un grupo más de alto nivel (GAN) que no parece demasiado operativo.

Entre estos extremos, y a la vista de cómo se plantean el problema otros países, cabe proponer algunos puntos de reflexión.

Procurar un mejor conocimiento mutuo

Ponerse, aunque sólo sea metodológicamente, en el lugar del Islam es un excelente modo de descubrir cómo acotar nuestro propio pensamiento. Algunos imanes se han apresurado a hacer pública su condena del terrorismo y a atribuir exclusivamente a sectas desviacionistas el uso de la violencia cuando conlleva la muerte de inocentes, cosa, condenada por el Islam auténtico. Llamar a eso *yihad* o guerra santa es una blasfemia.

La palabra **Yihad** tiene un significado muy positivo en el Islam. Es un sustantivo masculino que podemos traducir por «guerra santa» (*fem.*), pero si no lo traducimos, debemos conservar el masculino original del árabe. **Hyhad** significa *esfuerzo virtuoso* y es un concepto propio de la ascética musulmana. El antónimo perfecto de *yihad* es **fitna**, que significa ruptura o cisma, la división interna del Islam, y también, referido a cada individuo, flojedad moral, abandono, seducción. *Fitna* es femenino y evoca el poder seductor de la mujer. La expresión **De la fitna al Yihad** expresa la escala ascética, de la imperfección a la perfección, que debe subir el buen musulmán.

Hay dos clases de *yihad*: el **gran yihad** y el **pequeño yihad**. El primero es la lucha constante por ser perfecto. Consiste en el combate interior contra las inclinaciones perversas y por salir del propio egoísmo para ponerse al servicio de la **umma** o comunidad de creyentes. El segundo es la lucha con las armas para extender o defender el Islam. Para que el pequeño *yihad* sea justo, es necesario que se cumplan dos condiciones: que se haga en defensa de una causa justa y que sea declarado por la autoridad competente.

Pero la realidad no es ni tan clara ni tan bella. Al manejarse el concepto de pequeño *yihad* en contextos en los que intervienen otros factores (enfrentamientos territoriales, ideológicos, sociales y económicos) no siempre están claras la justicia de las causas ni la legitimidad de quienes llaman a la guerra santa. Por otra parte, los islamistas, consustancialmente proselitistas,

Religión e ideología en el yihad

utilizan el pequeño yihad no sólo como arma defensiva legítima, sino también como arma ofensiva, para «castigar a los infieles y debilitar al gran Satán».

Hay otro aspecto que ayuda también a comprender en concreto el pequeño yihad: los predicadores lo presentan como itinerario para conseguir el gran yihad, es decir, la perfección islámica. Este planteamiento se escenifica, sobre todo, en la exaltación martirial de los terroristas suicidas, a los que convierte en modelos a imitar por millares de personas. A los terroristas suicidas se los considera santos y su muerte se presenta como una inmolación en honor de Alá. La eficacia de esta «santificación de los suicidas» es manifiesta; sólo en el Magreb varias decenas de miles se han inscrito como voluntarios para morir en Iraq. Lógicamente, los habrá también dispuestos a morir en otros lugares y por otras causas. Esta alimentación teológica de la ideología islamista es la que hace más fuerte y peligroso el yihadismo.

Dimensión global del yihadismo

El yihadismo islamista se ha desarrollado en etapas. A la **etapa de yihadismo nacional** (1928–1999), pertenecen, entre otros, el movimiento *talib* (=estudiante, plural: **talibán**) en Afganistán, *Hamas* en Palestina y el grupo *Salafista para la predicación y el combate* en Argelia. La revolución del imán **Jomeini**, que derrocó al sha e instauró la república islámica de Irán en 1979, significó el inicio del descubrimiento de la eficacia práctica del concepto de Yihad como emblema de identidad, banderín de enganche y movilización de los espíritus musulmanes en su lucha contra el imperialismo. El ejemplo de Irán tuvo seguidores en muchos estados. Empezaba la **etapa de internacionalización** del yihadismo.

Desde finales del siglo pasado, vivimos en la **era de globalización del yihadismo**. Aunque antes de esa fecha había muchas siglas coordinadas y el grupo salafista se había extendido por Francia y buena parte de Europa, la franquicia global **Al Qaeda** se consolidó como estandarte del yihadismo, al final de los años noventa e irrumpió trágicamente en la escena internacional con los atentados del 11-S contra las torres gemelas de New York y contra el Pentágono de Washington. Esta red de redes se manifiesta y alimenta en el radicalismo panárabe a escala global, utilizando esquemas de propaganda, planteamientos estratégicos y financiación propios de la era global en que vivimos. Instrumentos, permanentes u ocasionales, de esta globalización son, entre otros, el fundamentalismo religioso de algunos clérigos, los partidos islamistas como *Hezbollah* en Irán y Líbano, la

intransigencia de algunas repúblicas islámicas, como Sudán e Indonesia, que programan la eliminación de la presencia significativa de otras etnias o religiones, sobre todo el cristianismo.

Los movimientos islamistas en Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Egipto, el yihadismo de proximidad, se presentan con una doble cara: la religiosa, que ofrece a los creyentes un banderín de enganche para rebelarse contra la laicidad o el poco fervor musulmán de sus gobernantes; y la político-social, como catalizador de todo el descontento social generado por las lacerantes desigualdades sociales y por el desencanto ante el déficit de modernización de las estructuras. A pesar de sus peculiaridades regionales y nacionales, todas las manifestaciones yihadistas de la zona se inscriben en la perspectiva de la globalización y sólo en ella pueden ser correctamente valoradas.

Ni despreocupación ni un miedo mayor que el riesgo

El día 11 de cada mes produce alerta en todas las policías occidentales. Ahora, el **síndrome del once** (11-S en EEUU, 11-M en España, 11-A en Marruecos y Argelia) se ha ido transformando en un síndrome de miedo permanente. Los medios de comunicación occidentales se encargan cada día de recordar o pronosticar actos brutales de terrorismo. Las emisiones de la cadena árabe *AlYazira* y muchas web pro islámicas aumentan el miedo de Occidente con sus frecuentes amenazas, que los periódicos reproducen, glosan o amplifican hasta grados de obsesión. Porque la realidad es como es y porque los medios de comunicación la traen obsesivamente a primer plano, Occidente tiene conciencia de su debilidad y exige seguridad.

En muchos casos, los ciudadanos aceptan perder libertades en beneficio de su seguridad y, aun en contra de su conciencia, aceptan sin protestar políticas de *sospecha preventiva* contra toda la población musulmana, lo que es manifiestamente injusto para la mayoría. Las políticas europeas de inmigración se diseñan a la defensiva, debido a las grandes dosis de miedo de la sociedad.

Parece razonable recobrar el sentido común y renunciar tanto al *buenismo* que abre la puerta a toda expresión de la diferencia como el *malismo* que a todas la cierra. La obsesión es siempre perjudicial para el que la sufre, por la imposibilidad que le crea de llevar una vida normal, y más para aquel al que se le atribuye la causa, porque queda expuesto a la marginación o persecución injusta. El miedo es legítimo, pero nunca debe perder proporcionalidad con el

peligro. En las actuales circunstancias, no puede minimizarse el riesgo en ningún país, pero la obsesión apocalíptica de algunos, en lugar de alejar el peligro, puede contribuir a amplificarlo.

El yihadismo actual y España

España está más expuesta a eventuales ataques yihadistas que otros países. De hecho, la policía ha practicado detenciones en los últimos meses tanto en Cataluña como en Andalucía. Dos grupos islamistas trataban de captar adeptos en mezquitas y oratorios de Cataluña. Varias mezquitas andaluzas son investigadas. Se trataba de jóvenes llegados de países del Magreb para hacer proselitismo a favor de los grupos radicales *Partido de la Liberación, Justicia y Caridad*, cuya portavoz oficiosa es la islamista **Nadia Yassin** procesada en Marruecos.

La proximidad geográfica al Magreb coloca a España en el mismo nivel de peligro que Italia, pero la proximidad histórica nos hace mucho más vulnerables, como lo demuestra el hecho de que exista un *Congreso para la recuperación de la memoria histórica andalusí*, de cuya ejecutiva forma parte **Mansur Escudero**, cristiano español convertido al Islam.

Con estas premisas históricas y sentimentales, parece claro que la desestabilización del norte de África tendrá inmediatas repercusiones en España y casi inmediatas en Europa. Europa, donde ya existe una quinta columna islamista de proporciones desconocidas. Un reciente estudio holandés revela que la casi totalidad de los 242 yihadistas detenidos por intentar o intentar atacar en Europa llevaban una vida normal entre nosotros, algunos desde hacía varios años.

Frente a estos peligros potenciales, a Occidente no le queda más remedio que **fortalecer su conciencia de identidad**. La postura muelle, blanda, carente de convicciones profundas que muestra Occidente, y España en particular, es en sí misma una invitación a que otras convicciones ocupen el vacío. El Islam en estos momentos vive un período de fuerte conciencia de identidad; Occidente, en cambio, tiene graves problemas para dotarse de esa fortaleza colectiva. El diálogo intercultural o la alianza de civilizaciones o parten de la afirmación de la propia identidad o se diluyen en un lago de inanidad en el que sólo nada el que tiene convicciones más seguras. El islamismo próximo es más amenaza cuanto menos pertrechados de convicciones estemos.

En cualquier caso la aceptación de la convivencia de acuerdo con las normas civiles del Estado es una obligación ciudadana de la que no hay que eximir a nadie. En la reunión de Xauen (2006) los representantes del congreso de Memoria andalusí y de varios países musulmanes acordaron solicitar del gobierno español que reconozca la nacionalidad española a todos los descendientes de los moriscos expulsados desde 1492. Difícil será probar quiénes son descendientes de los moriscos y quiénes buscarán en este y otros mecanismos meras estrategias para burlar las leyes de inmigración. Se conceda la nacionalidad o no, es una obligación de los gobiernos vigilar que todos los residentes en España cumplan las mismas leyes y organicen su vida laboral y profesional de acuerdo con las pautas generales del país.

La cooperación de España y Europa con el Magreb se ofrece hoy como la única esperanza sólida para conjurar el peligro yihadista y redimir a la población en general del miedo al terrorismo. ■